

CAPITULO XI.

NUEVA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

REVISION DE SU PROCESO.—SUERTE DE SUS ENEMIGOS.

Aunque todo el Evangelio es admirable, lo es mas, á mi juicio, en el relato de la Pasion del HOMBRE-DIOS. En ella llegan á ser en cierto modo mas intensas la exactitud, la precision, la sencillez, la veracidad, y mas concentrado el foco de luz histórica. En ella se eclipsan mas que nunca los cuatro secretarios de la verdad, entregados enteramente á ella para mostrarla. No omiten ningun pormenor, no se permiten reflexion ni emocion alguna. Impasibles á fuerza de la fe que les absorbe sobre el asunto mismo, dejan que produzca por sí solo su efecto en nosotros. Tienen toda la conciencia de la magestad con que debia aparecérsenos la verdad en la mayor de sus humillaciones; de las lágrimas que debia hacer derramar en todas las edades sucesivas, en lo mas fuerte del odio que la abrumba; del precio de gracia y de gloria que debia valer en los destinos del género humano cada ultraje, cada crueldad que padece; y nos reservan todas estas impresiones, todas estas apreciaciones, hasta el punto de no tomar parte alguna en ellas al parecer ellos mismos. Entre los siglos pasados que predijeron este gran sacrificio, y los siglos futuros que debian regenerarse en él, se sienten y se reconoce en ellos á los historiadores del hecho central de toda la historia hasta los últimos limites del tiempo y las profundidades de la eternidad.

M. Renan ha procedido de un modo absolutamente contrario al de todos estos historiadores, recogiendo y amontonando todo el odio y la perfidia que habia sembrado en la *Vida de Jesus*, en el relato de su Pasion y de su suplicio, y si alguna vez falta á este procedimiento en todo el resto de su obra, se puede decir que al fin se denuncia. No parece sino que celoso de los Judíos, se ha encargado de la defensa de Judas. Solo se cuida de dos

cosas: de rivalizar con los enemigos de *Jesus* y de disculparles. Informa *pro domo*, y mira como *propias* todas las maldiciones con que ha estigmatizado la conciencia universal al Deicida, y todas las adoraciones con que lo ha vengado. Revisa el relato evangélico y presenta problemáticamente cuanto puede interesar á la víctima ó acusar á sus verdugos, y concluye reformándolo, y por fin de cuenta, presentándolo al revés, hasta el punto de aparecer culpables solamente los cristianos.—¡Cómo es estol! La curiosidad del hecho merece que esperemos. No puede imaginarse ninguno de los medios y expedientes á que ha recurrido M. Renan con este objeto: es una obra maestra de *insidia*.

Mas por esto mismo es una obra perfecta de acusacion y de justicia contra su autor, de reconocimiento, de confesion y de homenaje á favor de la Verdad. Cada uno de sus rasgos ó pasajes hace traicion en ella á la mano y al corazon del modo mas irrisorio. Hubiéramos podido ignorar ó olvidar la importancia profética ó demostrativa de cada uno de los rasgos de este gran cuadro que agotará por siempre la contemplacion de las almas; mas M. Renan se ha encargado de la tarea de señalarlos y hacerlos resaltar, llevando ó poniendo en ellos la mano, con el único móvil de un interés impio que revela esta importancia. Es una verdadera *prueba*, aunque por distinto rumbo, en que se hace sombrío todo cuanto es luminoso en el original, y *vice-versa*, de tal suerte, que si llegara á faltar este original, se le podría encontrar en la *contraprueba*.

Demostremos esto con algunos ejemplos.

I.

Preocupado M. Renan anticipadamente de la indignacion que debe provocar la evocacion de la Pasion, y celoso por disculpar de ella á los verdaderos culpables, incluso Caifás, trata de hacer recaer esta indignacion sobre un personaje al que da con este soio objeto, una importancia que le rehusa el relato divino. Este es Anás ó Hanan, como él le llama, padre de Caifás. Hanan pagará, pues, por su yerno mientras se libra á este mismo. “La responsabilidad de los actos que van á seguir debe recaer sobre Hanan y los suyos, dice nuestro escritor.... Hanan fué “el actor principal de este drama terrible, y *hubiera debido llevar el peso de las maldiciones de la humanidad con mucha mas*

“razon que Caifás y mucha mas que Pilatos.¹ ¿Por qué? ¿En qué se funda M. Renan para hacer surgir en 1863 este personaje pasivo en la historia?—No pidais otra razon que la simpatía de M. Renan por Caifás, es decir, su ódio contra Jesu-
“CRISTO.”

“El Evangelista se empeña en poner en boca de Caifás, continúa M. Renan, la palabra decisiva que dictó la sentencia de muerte de Jesus: *Mas vale que muera un hombre por el pueblo, que no que perezca toda la nacion.*”

¿Por qué suponer que se empeña el Evangelista, como haceis vos, en culpar á una persona mas que á otra cualquiera? ¿No equivale esto á decir que sois vos quien se empeña en esta parcialidad? Por lo demás, M. Renan dedica dos páginas á demostrar que Caifás y el mismo Anás tenían derecho de proceder como procedieron, y no fueron culpables de falta de tacto ó habilidad, porque “si se hubiera dejado libre á Jesus, se hubiera gastado en una lucha desesperada contra lo imposible, y que así el odio ininteligente de sus enemigos decidió del buen éxito de su obra, y puso el sello á su divinidad.”²

En la *Vida de Jesus* se hallan muchas cosas que han decidido del buen éxito de Jesus. Cada una de ellas ha tenido este poder, y sin embargo, es necesario buscar siempre otras nuevas; tan cierto es que la única que tuvo este poder es aquella que no se confiesa, ó mas bien que se confiesa por el mero hecho de callarla. En cuanto á la que acaba de indicar M. Renan, está refutada por la conducta contraria que observaron los Judios para con los Apóstoles, segun el consejo de Gamaliel, “de dejarles seguir en su empresa, porque si provenia de los hombres, pronto se desvanecería.”³ Lo cual no sirvió para que se gastaran en una lucha desesperada contra lo imposible. Y sin embargo, ¿cuánto mas no se empeñaron ellos en lo imposible que lo habia hecho su Divino Maestro!

La escena inefable de la agonía del Salvador en el huerto de los Olivos, donde, bajo la presión de la justicia divina que veia en ella solo la *iniquidad de todos nosotros*, sudó sangre la víctima del género humano, y cayendo, la faz á tierra, á vista del cáliz de reprobacion presentado á su santidad, hizo oír aquellas palabras tan humanas por el sufrimiento que revelaban, como

¹ *Vida de Jesus*, p. 167.

² *Id.*, p. 369.

³ Hechos de los Apóstoles, V, 38.

divinas por su resignacion: “Padre mio, si es de tu agrado, aparta de mi, este cáliz; no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya.”—Esta escena, manantial inagotable de compasion y de ejemplo, que emponzoña todo el encanto de los placeres culpables con el cuadro ó espectáculo de los dolores que han costado,—se refleja en el alma de M. Renan de esta suerte:

“En aquellos dias parecia haber llenado una gran tristeza el alma de Jesus por lo comun tan alegre y serena.... Disper-
“tóse por un momento la naturaleza humana. Tal vez él mismo
“se puso á dudar de su obra. ¿Recordó las cristalinas fuentes
“de Galilea donde hubiera podido refrescarse; la viña y la hi-
“guera á cuya sombra habia podido sentarse; las jóvenes don-
“cellas que hubieran quizá consentido en amarle? ¿Maldijo
“tal vez su duro destino que le habia prohibido los goces conce-
“didos á todos los demás? ¿Dolióse de su naturaleza demasia-
“do elevada, y víctima de su grandeza, lloró por no haber per-
“manecido simple artesano de Nazaret? *Se ignora.*”¹

La sangre sube al rostro y la frente se baña de sudor al leer estas líneas incalificables. ¿Para quién las ha escrito M. Renan, se pregunta? Iba á contestar que para las jóvenes de la ópera, pero pido perdon por haber tenido este pensamiento. No conozco á nadie cuya dignidad moral, cuyo gusto y sentido no ofendan, escepto M. Renan; y aun él mismo tiene demasiado gusto, de esa misma clase que ellas sublevan, para que no haya sido sacrificada aquí á sabiendas la razon artistica al solo cálculo de la impiedad y del odio. Pero este cálculo es falso y ha profundizado demasiado bajo. ¿Y por qué? ¿Por qué no pueden esas invenciones, de que no se ofenderia ningun ser humano, acercarse siquiera á la víctima de Getsemani, sino porque las rechazan las ideas, los datos que tenemos de Jesus? Datos é ideas que no nos permiten concebirlo de otra suerte que como la santidad misma, y tanto mas exento de nuestras debilidades y flaquezas, cuanto que se las asumió para purificarnos de ellas, y que le horrorizaron hasta la agonía.

“Resolvióse el inmediato arresto de Jesus. A todas las me-
“didas que se tomaron para ello, presidió dice M. Renan, un
“gran sentimiento de orden y de policia conservadora.”² Si
por cierto; y se dirigieron á donde estaba Jesus armados de es-

¹ *Vida de Jesus*, p. 378 y 379.

² *Id.*, p. 380.

padas y palos, como para prender á un ladrón, á pesar de que él mismo se les entregaba sin defensa todos los días en el templo, según les motejó con dulzura.¹

¿Qué bien hubiera presidido M. Renan á estas medidas de orden y de policía, como preside ahora y se asocia á ellas en cuanto le es posible con esta apología!

Concibese ya que tome parte y defensa por Judas Iscariote, que con gran sentimiento de orden y de policía conservadora tomó por sí la parte principal de todas las medidas, la de hacer traición y entregar al HIJO DEL HOMBRE con un beso.

La defensa que hace M. Renan de Judas, es un modelo de insinuante elocuencia. La recomiendo á los abogados noveles, encargados de oficio de la defensa de los más desesperados criminales. El mismo Judas no se hubiera defendido mejor.

“Este desgraciado vendió á su maestro, por motivos que es imposible explicar, dió todas las indicaciones necesarias, y se encargó él mismo (aunque sea apenas creíble tal exceso de maldad), de conducir la comitiva que debió verificar el arresto. La horrorosa memoria que la necesidad ó la maldicencia dejó de este hombre en la tradición cristiana, debió adolecer de alguna exageración sobre este punto. Hasta entonces había sido Judas un discípulo como los demás.... La avaricia á que achacan los sinópticos el crimen de que se trata, no basta para explicarlo. ¿Quedó tal vez herido su amor propio, con la amonestación que sufrió en la comida de Bethania?² No es esto suficiente. Según Juan, aparecería como un ladrón. Es preferible creer que ocurrió alguna disensión intestina; hipótesis que se halla confirmada por el odio particular que demuestra Juan contra Judas.... Sin negar que Judas de Kerioth contribuye al arresto de su maestro, creemos, pues, que hay alguna injusticia en las maldiciones con que se le abruma. Tal vez hubo en su acción más torpeza que perversidad. Pero si la loca ambición de algunas monedas de plata trastornó el juicio al pobre Judas, no parece que hubiera perdido completamente el sentimiento moral, puesto que, al ver las consecuencias de su culpa, se arrepintió de ella y se ahogó; según se dice.”³

1 San Mateo, XXVI, p. 35.

2 Insinuación que no se dirige solo á disculpar á Judas, sino á inculpar al Divino Maestro.

3 *Vida de Jesús*, p. 381 y 382.

Yo no sé si Judas será absuelto por el jurado del género humano, dejándosele en libertad para que vaya á ahorcarse ó á llevar una vida tranquila, como se place en hacerlo entrever su defensor; pero lo que sí sé es que, en todo caso, este veredicto parecería descolorido al lado del de M. Renan.

Jesús es conducido ante Anás. Interrogado sobre su doctrina, se refirió á su enseñanza que había sido pública, empeñando al pontífice á que interrogara á los que le habían oído.—“El respeto exagerado de que estaba rodeado el anciano pontífice hizo que pareciera audaz esta respuesta, hasta el punto de que uno de los asistentes contestase á ella, según se dice, con una bofetada.”¹

¡Cuán hábilmente interpuesto se halla este según se dice, que recae sobre el Evangelio, para dejar en duda esta bofetada, después que se ha tenido el cuidado de escusarla! ¡Cuán fácilmente toma M. Renan su partido sobre este brutal insulto á la triple magestad de la desgracia, de la inocencia y de la defensa! Insulto tal, que cediendo esta vez la paciencia á la dignidad, protestó la gran Víctima contra él, á nombre de la humanidad entera, por medio de aquella respuesta sencilla y firme de que no hace caso M. Renan: “Si he hablado mal, da testimonio del mal, y si bien ¿por qué me hieres?”²

Llevado en seguida Jesús ante Caifás, se le acusó de haber blasfemado. Citóse por dos testigos la palabra fatal que pronunció realmente Jesús (M. Renan lo atestigua). “Destruiré el templo de Dios, y lo reedificaré en tres días,” y era realmente una blasfemia, como lo advierte también M. Renan. “Jesús se negó á explicar la palabra de que se le acusaba. Si ha de darse crédito á un relato, entonces el gran sacerdote le habría apremiado á decir si era el Mesías; Jesús lo habría confesado y habría proclamado ante la asamblea la próxima llegada de su reino celestial.³—Mas el valor de Jesús, decidido á morir, no hace esto necesario, dice M. Renan; y es más probable que tanto aquí como delante de Hanan, guardó silencio.”⁴

M. Renan hace ver también aquí el pasaje del relato que le hiera ó disgusta, y en su consecuencia, el que es importante.

1 *Vida de Jesús*, p. 395.

2 San Juan, XVIII.

3 La palabra próxima no está en los textos.

4 *Vida de Jesús*, p. 396 y 397.

La divinidad de JESUCRISTO proclamada solemnemente por él mismo ante el representante oficial del sacerdocio y en presencia de toda la nación, es un hecho grave, referido no ya por uno solo, sino por tres evangelistas.¹ Esto es dudoso para M. Renan tan solo por ser decisivo. ¿Cómo, en efecto, había de ser dudoso, cuando se recomienda por los mismos testimonios que el hecho de la comparecencia de Jesús ante Caifás, de que no duda M. Renan? ¿Dónde está el criterio que le hace discernir esta comparecencia admitida por él, de sus circunstancias que rechaza? Evidentemente, en el valor y la trascendencia de estas mismas, y el cual hace resaltar por el mero hecho de dudar de ellas. El valor de Jesús, resuelto á morir, *no exige* esta contestación, dice. Es decir, que oponéis una *opinión* vuestra á un hecho de la historia. ¡Y qué opinión! ¿No debería deducirse mas bien, de hallarse dispuesto Jesucristo á morir por la verdad, que debió rendir testimonio de ella? Y en cuanto á la probabilidad de que guardó silencio, lo mismo ante Caifás que ante Anás, solo adolece de un defecto; el de no ser exacto que guardara silencio ante Anás, puesto que fué efecto de sus respuestas aquella odiosa bofetada contra la que protestó con una palabra, respecto de la cual solo M. Renan *guarda silencio*.

Pero sigamos al SALVADOR ante Pilatos, y en esta reproducción de la Pasión revisada y completada por M. Renan, juzguemos con él el gran proceso.

II.

“Hallándose sentado Pilatos en su tribunal interrogando á Jesús, dice el Evangelio, envió á decirle su mujer: nada te mezcles en las cosas de ese justo, porque he padecido mucho hoy por causa suya en un sueño.”²

Apoyándose justamente Grocio, con todos los comendadores, en la palabra *justo*, y en la impresión de respeto que esta palabra en boca de esta mujer supone en su corazón, reflexiona que sin duda, le fué revelada por Dios en sueños “la inocencia de Jesús, así como tal vez el daño que podría resultarle á Pilatos de condenarle injustamente. Y podría ser, añade Grocio, que fuera una mujer que tuviese el temor de Dios, tal como se ve

¹ San Mateo, XXVI, 64.— San Marcos, XIV, 62.— San Lucas, XXII, 69.

² San Mateo, XXVII, 19

“en esta época en las mujeres de algunos otros presidentes romanos.”¹ Así habla el sábio y juicioso Grocio.

M. Renan es un crítico de otra raza.

Tiene celos de esa única muestra de interés que encontró el divino Acusado en el desencadenamiento de todos los insultos y de todos los farores de que es juguete y víctima. Así es, que primeramente la pone en duda y en cuanto le es posible la retira. “Segun una tradición, dice, (asi llama á la historia escrita “por un testigo ocular), Jesús encontró un apoyo en la mujer “del presidente.” Despues mancha este generoso sentimiento, de esta suerte: “Esta mujer pudo *entrever* al dulce Galileo desde algun balcon del palacio que diera á los patios del templo, “y tal vez le volvió á ver en sueños y le causó una pesadilla la “sangre que iba á verterse de aquel hermoso jóven.”²

¡Digno es verdaderamente de lástima M. Renan!!!

No es culpa nuestra si se convierte el proceso de JESUCRISTO en su propio proceso, por la parte que le place tomar en él. ¿Por qué se mezcla en lo concerniente á este Justo?

M. Renan admite “segun todos los ritos, la repugnante escena de los soldados que pusieron á Jesús una túnica encarnada “y una corona formada de ramas con espina en la cabeza, y una “caña en la mano, descargando sobre su rostro bofetadas y salvallas, y saludándole con genuflexiones por rey de los judíos.” —Mas añade inmediatamente. “Es difícil de comprender que se prestara la gravedad romana á tan vergonzosos actos.” —¿Por qué no, cuando los renueva hoy dia la gravedad crítica sobre el rey de los siglos, y cuando se encela del interés que de ello le resulta?

Pero sobre todo, y esta es la coronación de la obra, que supera, no solamente á todo lo que se ha visto sobre este asunto, sino tambien á todo lo que se verá, M. Renan insiste en disculpar á Pilatos y á los judíos del Deicidio. Esta sangre del Justo que ellos mismos atrajeron sobre si y sus hijos, cae en mi juicio, con todo su peso, sobre él solo, como una pesadilla. Es necesario que la rechace. Necesita rechazarla, pero no queda enteramente satisfecho si no la hace recaer ¿sobre quién?—sobre la víctima, sobre los cristianos.—Eso no es creíble, se dirá.—Es verdad, pero así es.

¹ Anotaciones in Evangelia, p. 267.

² Vida de Jesús, p. 493.

Comienza primeramente por lavar de nuevo las manos á Pilatos.—Estas palabras: *Que recaiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos*, que proclamaban la responsabilidad del presidente romano sin librarle de ella, “estas palabras, dice M. Renan, ¿se pronunciaron en realidad? Puede dudarse; pero “son la expresión de una profunda verdad histórica.”—Como se ve ya, aparta esta sangre de las manos de Pilatos y de la cabeza de los judíos, y la guarda por cuenta de aquel á quien pertenece.—“Vista la actitud, continúa, que habían tomado los romanos en Judea, *no podía hacer Pilatos sino lo que hizo*. ¡Cuántas sentencias de muerte dictadas por la *intolerancia religiosa* han forzado la mano al poder civil! El rey de España (¡quién bien traído está el rey de España!)¹ que para contentar á un *clero fanático* (este es el caso) entregaba á la hoguera centenares de súbditos, ha sido *mas censurable que Pilatos*, porque representaba un poder mas completo que el que tenían entonces en Jerusalén los romanos. El brazo secular, tras el cual se escuda la *crueldad clerical*, no es el culpable, etc., etc.”

Segun se ve, están ya las cosas muy adelantadas, y si M. Renan no deduce desde ahora que es el culpable el partido clerical, da pruebas de gran moderación. ¡Pero paciencia! Sigamos la *degradación de los matices*.

“No fueron *pues* ni Tiberio ni Pilatos los que condenaron á Jesús; fué el *antiguo partido judío*, fué la ley mosaica. Segun nuestras ideas modernas, no hay trasmisión alguna de demérito moral de padre á hijo.... Por consiguiente, todo judío que sufre aun hoy día por la muerte de Jesús, *tiene derecho á quejarse*; pero las naciones tienen su responsabilidad así como los individuos. Ahora bien, si hubo jamás crimen alguno que fuera el crimen de una nación, este crimen fué la muerte de Jesús. Esta muerte fué *LEGAL* en el sentido de haber sido su causa primera una ley que era el alma misma de la nación.”

¿Cómo? ¿una ley de inmolar aquel cuyo juez mismo proclama que *no ha encontrado en él la culpa de que se le acusa y á quien no se le ha probado crimen alguno*;² cuyo juez pregunta *qué mal ha hecho*?³ y que arroja sobre sus acusadores la san-

1 ¿Por qué cita M. Renan á Felipe II de España, y no á Isabel de Inglaterra, la cual quemó y asesinó mas católicos que herejes pudiera matar la Inquisición en España?—N. O. T.

2 San Lucas, XXIII, 14, 22.—San Juan, XIX, 6.

3 San Marcos, XV, 14.

gre de este Justo,¹ acusándoles de perseguirle solo por *envidia*?² ¡Semejante ley de iniquidad jurídica seria el alma no de un partido, sino de una *nación*! Pero esta es una calumnia de M. Renan, de la que, en mi juicio, tiene *derecho de quejarse* todo judío.

M. Renan, no obstante, explica su pensamiento, y los judíos van á ser disculpados á costa de Jesús.

“La ley mosaica, en su forma moderna, es verdad, pero aceptada (¿no es ya pues el *antiguo* partido judío?) imponía la pena de muerte por toda tentativa para variar el culto establecido. Pues bien, Jesús atacaba sin duda alguna este culto y aspiraba á destruirlo. Los judíos dijeron á Pilatos con *SEN-CILLA Y VERDADERA FRANQUEZA* (!!!): “Tenemos una ley, y segun ella, debe morir; porque se llama Hijo de Dios.” La ley es detestable; pero era la ley de la ferocidad antigua, y el héroe que se ofrecía á abrogarla, *debía ante todo sufrirla*.”³

He aquí al SALVADOR DEL MUNDO plenamente convicto, y á sus verdugos apoyados por el señor fiscal Renan, en el pretorio imperial de Judea, esponiendo su acusación en la causa.

Pero si mi Salvador, arrojando sobre mi nada una de esas miradas escitadoras, hubiera dispensado á mi amor la gracia de permitirme su defensa, he aquí cuál hubiera sido mi informe.

III.

Es verdad, *hay una ley segun la cual se ha dicho que debe morir, porque se llama Hijo del Dios*.⁴ Esta ley en sí misma es justa y el acusador público que la invoca acaba de calumniarla, llamándola *la ley de la antigua ferocidad*. Porque ésta es la ley de lesa-magestad en la que descansan todos los imperios y que conserva todas las soberanías; en Roma á César; en Judea á Dios; segun esta palabra del divino acusado, acuñada en el troquel de la sabiduría divina: “*Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios*.”

Pero esta ley presupone al aplicarse á Jesús, un punto que examinar, una cuestión que resuelve la acusación por sí misma segun su modo ordinario de razonar, y es que no sea Jesús, en

1 San Mateo, XVIII, 24.

2 San Mateo, XXII, 18.—San Marcos, XV, 10.

3 *Vida de Jesús*, p. 411 y 412.

4 San Juan, XIX, 7.

efecto, Hijo de Dios, que no sea ese Cristo, ese Mesías que debe venir, deseado por todas las naciones, esperado por la nuestra en aquella época, y todas cuyas señales indicadoras han aparecido ya. Apelo de ello al interrogatorio: Hábeis preguntado si era CRISTO HIJO DE DIOS. Hay pues un Cristo, Hijo de Dios á quien debemos conocer, á quien debemos escuchar; y siendo así, ¿no es acaso ese mismo que está aquí en pie en medio de vosotros, quien sería ese Cristo á quien perseguís con vuestro odio y á quien deberíais seguir con vuestro amor? Él ha contestado que lo era, y esta respuesta, cuya magestad debería respetar vuestra fe, solo sirve para atizar vuestra rabia. Sin embargo, era por lo menos una cuestión prejudicial que debía examinarse; un grande hecho que debía comprobarse; la cuestión misma, el hecho mismo del proceso que os acusa á todos ante Él, antes que él pueda serlo ante vosotros; porque, si es Cristo, se vuelve contra vosotros la ley que invocáis y debéis temer su venganza.

Pero hay mas: abramos esta ley. ¿Cómo, el acusador público que sabiendo la ciencia de la Escritura, no puede ignorarla, cómo la ha eludido de un modo tan extraño?

Esta ley es la ley de Moisés, capítulo XVIII del Deuteronomio. Compónese de muchos artículos ó versículos intimamente encadenados y consecuentes.—El artículo único á que se ha aludido es el artículo 20, concebido en estos términos:—“Si un profeta corrompido por la soberbia, emprendiera hablar en mi nombre lo que yo no le mandé decir, ó hablase en nombre de dioses ajenos, sea castigado de muerte.”

Fácil me sería demostrar, si osarais empeñar la discusión sobre la vida y la doctrina de Jesús, á las cuales no cesó de apelar él mismo, que lejos de serle aplicables estos caracteres, ofrecen la mas perfecta oposicion á ellos.

Pero ya he dicho que este artículo se refiere estrictamente á los que le preceden y á los que le siguen.

Pues bien, ¡escucha oh Israel, estos versículos de tu Ley, oye la voz de Moisés, la voz de tu Dios que se levanta contra ti, que te persigue y te perseguirá; á ti y á toda la incredulidad de siglo en siglo!

Versículos 1, 5, 16 y 17.—“El Señor vuestro Dios os suscitará un profeta como yo, de vuestra nacion y de entre vuestros hermanos,—y á él es á quien oireis.—Conforme se lo pedisteis al Señor Dios vuestro en Horeb cuando se juntó todo el pueblo diciendo: No oiga yo otra voz que la voz del Señor Dios mio, ni

vea mas este fuego espantoso, porque no muera.—A lo que contestó el Señor: En todo lo que ha dicho, ha hablado bien ese pueblo.”

Versículo 18.—“Yo le suscitaré un profeta de en medio de sus hermenos semejante á ti, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare.”

Versículo 19.—“Si alguno no quiere oír las palabras que este profeta hablará en mi nombre, experimentará mi venganza.

Despues de estos, sigue el versículo 20 ya citado, que condena al falso profeta que usurpa los derechos del verdadero.

Finalmente, los versículos 21 y 22, que marcan las señales en que deberá discernirseles.

He aquí la ley, toda la ley.

Este profeta anunciado, semejante á Moisés, legislador como él, taumaturgo como él, profeta como él, es el Mesías. Toda la Sinagoga conviene en este punto; apelo de ello á todos los ancianos *rubis*.

Y ahora, digo que este profeta legislador, que este Mesías es Jesús de Nazareth á quien perseguís y á quien *vengará* Dios mismo.

Otras mil profecias os lo señalan; pero esta solo basta para vuestra condenacion.¹

Y así, la ley en cuyo nombre pedís su muerte, le escuda á él y os destruye á vosotros: no es él, es vuestra misma Ley, es Moisés quien os acusará, segun os lo decia ha poco en el templo.—“No penseis que yo os tenga de acusar delante del Padre. Moisés, en quien vosotros esperais, es el que os acusa; “porque si creyérais á Moisés, me creeríais tambien á mí, porque *ÉL* ESCRIBIÓ DE MÍ.”²

Y lo que os confunde, sobre todo, es que estos signos, en los

¹ En el tomo 4º, pág. 215 á 221 de nuestros *Estudios*, hemos apreciado esta gran profecía y pesado todas sus palabras en su relacion con otros textos próximos que son como sus confrontantes. Atrevémonos á decir que no hay demostracion que aventaje á la *evidencia* de que solo es aplicable á *Jesucristo*. Remitimos á ella con confianza al lector, indicando especialmente la relacion que tiene con la *Trasfiguracion*, en que reapareciendo Moisés mismo, viene á testificar que Aquel de quien habia dicho: *IPSUM AUDIES* [Deuter. XVIII, 15], es indudablemente Aquel de quien dijo en la nube su Padre celestial: *IPSUM AUDITE* [San Mateo, XVII, 5]. Y no se diga que esta correlacion la ha dispuesto el Evangelista, porque no lo advierte, y yo no sé que la haya descubierto nadie antes que yo.

² San Juan, V, 45 y 46.

que os dijo Moisés que le distinguiríais, los hizo en gran número en medio de vosotros. Él os lo dijo: "Las obras que me diste pensó hacer el Padre, esas obras que yo hago, dan testimonio de mí, de que el Padre me envió."¹ "Si yo no hubiera hecho entre ellos obras cuales ninguno otro hizo, no tendrían pecado; mas ahora ellos las han visto, y me han aborrecido á mí y á mi Padre, para que se cumpla la palabra que está escrita en la ley de ellos, que me aborrecieron sin motivo."²

Pero vuestros murmullos sanguinarios cubren mi voz. Triunfa la iniquidad: sedienta de la sangre divina que arde por derramarse para la salvación del mundo, ella la atrae sobre su cabeza. ¡Pues bien! que recaiga esa sangre del Justo sobre vosotros y sobre los que, mas culpables aún que vosotros, se erigirán un día, del medio de las luces que van á brotar de ella, en apologistas del Deicidio. En cuanto á mí, discípulo de Jesús MI SALVADOR, que me ha preservado de esta ceguedad, solo pido al concluir, una gracia; la de seguirle al suplicio, auxiliándole á llevar su Cruz al Calvario y morir allí con Él.

IV.

He aquí lo que hubiera yo dicho con sencilla y verdadera franqueza, en el proceso que se vió ante Pilatos; he aquí lo que digo al revisarlo.

Pero ¿por qué defendiendo á mi Dios y acuso á sus enemigos? Mejor haría en defenderme á mí mismo; porque no fueron los judíos, no es M. Renan, sino yo, nosotros los cristianos, es el mismo Jesús quien es culpable y responsable de la iniquidad que ha continuado derramando en su nombre la sangre de los justos: esto es lo que ha insinuado ya M. Renan, volviendo á esta moraleja y terminando con ella.

"Ay! mas de mil ochocientos años serán necesarios para que dé sus frutos la sangre que va á derramar. Durante siglos enteros se hará sufrir en su nombre tormentos y la misma muerte á pensadores tan nobles como él. Aun hoy día se imponen penas por delitos religiosos en países que se dicen cristianos. Jesús no es responsable de estos estravíos: no podía prever que tal pueblo de imaginación estraviada, le concibiera un día co-

¹ San Juan, V, 37.

² Id., XV, 24 y 25.

como un horrible Moloch, ávido de carne quemada. Si en vez de perseguir el cristianismo á los judíos con un odio ciego, hubiera abolido el régimen que mató á su fundador, ¿cuánto mas consecuente no hubiera sido, y cuánto mas no hubiera merecido del género humano?"¹

Así, pues, no es sobre Pilatos, no es sobre Júdas, no es sobre los judíos, es sobre el cristianismo, y en tal sentido, sobre el mismo Jesucristo, sobre quien recae la odiosidad de todo esto.

¿Pero sobre quién recae la odiosidad de esta odiosidad?

Por lo demas, para afirmar mayormente esta conclusion, al mismo tiempo que la hace caer M. Renan sobre el cristianismo, se empeña todavía otra vez en librar de ella á los enemigos de Jesús. Como si la sangre que quiere borrar de sus manos y de su frente, reapareciera de continuo, acusándole como cómplice, no teme, en un capítulo especial que tiene por título: SUERTE DE LOS ENEMIGOS DE JESÚS, insultar á la conciencia humana, á la Providencia y á la historia, presentando á Pilatos "como no habiendo en su retiro pensado un momento en el episodio olvidado que debía transmitir su triste fama á la posteridad mas remota."—"A Hanan, siendo tenido por uno de los hombres mas dichosos de su siglo, y al verdadero culpable de la muerte de Jesús, pasando su vida colmado de consideraciones y de honores;" y finalmente, de Júdas, que no parece tener otra culpa á los ojos de M. Renan, que la de haberse arrepentido de su crimen, dice con un refinamiento de piedad moral: "Tal vez, retirado á su campo de Hakeldama, es decir, campo de sangre, como se le llama por los judíos mismos, porque fué comprado con el precio del Deicidio,² llevó Judas una vida tranquila y oscura, mientras sus antiguos amigos conquistaban el mundo, divulgando por él la noticia de su infamia."³

Si entrando en la vía que me abre M. Renan, quisiera tomarme como él licencia de hacer conjeturas, podría decir: Tal vez no murió Judas y anda todavía vagando por la tierra.... Tal vez, poseído siempre del mismo espíritu de apostasia y de odio que le animaba, trata en todo tiempo de vender al HIJO DEL HOMBRE con un beso.... Tal vez M. Renan solo es un seudónimo suyo, y el Izcarote el verdadero autor de la Vida de Jesús....

¹ Vida de Jesús, p. 412 y 413.

² Actos, I, 18, 19.

³ Vida de Jesús, p. 425 y 428.

¡Quimera! direis. Convengo en ello; pero no obstante, quimera por quimera, ésta no es contraria á toda verosimilitud moral como la de M. Renan.

Porque efectivamente, es una verdad que no ha muerto el espíritu de Judas, aquel espíritu que entró en él cuando cometió su sacrilegio ¹, y que domina de continuo en los hijos de la incredulidad, como dice San Pablo.²

Y solo Judas ó el espíritu de Judas en el mundo, podría yo añadir, puede interesarse de tal suerte por Judas.

¹ Intravit autem Satanás in Judam, *Luc.*, XXII, 3.

² Spiritum qui operatur in filios diffidentie, *ad Ephes.*, II, 2.

CAPÍTULO XII.

MUERTE DE JESUCRISTO.

Fuerza es que nuestros lectores se resignen á un nuevo dolor, el de ver el suplicio de Nuestro Señor Jesucristo degradado y agravado por M. Renan.

Fiel, en efecto á su sistema de alterar el Evangelio, segun sus miras impías, va á seguir el divino relato paso á paso para eludir, suprimir ó eclipsar todo lo que en él tiene un carácter histórico de grandeza divina y de verdad.

Su método para ello es siempre muy sencillo.

Nunca es verdadera ó falsa ó dudosa en sí misma una circunstancia, un rasgo, cualesquiera que sean las condiciones históricas que lo justifiquen; pero *llega á serlo* relativamente á su importancia en el debate ó discusión.

De lo que se sigue, que con M. Renan siempre hay seguridad de saber cuáles son los rasgos que llevan en sí, que determinan, que tienen un gran valor testimonial y de verdad.

Tales son todos los que él pone en duda, disimula ó altera.

En esto, es su libro de una rara utilidad que no me cansaré de repetir; la de ofrecernos el criterio *á contrario*, de la verdad de nuestra fé.

Esto es lo que hemos visto hasta ahora, y lo que vamos á ver aun hasta el fin.

E

La reflexion que hemos hecho al principio del capítulo precedente, sobre el carácter del relato evangélico de la pasion de Nuestro Señor Jesucristo, adquiere mas fuerza al parecer, conforme se llega á su suplicio y á su muerte. Estos instantes solemnes se contraen en cierto modo bajo la pluma de los evangelistas, en rasgos mas ó menos sóbrios, precisos y contados. Ningun pormenor ocioso, ninguna reflexion que les sea propia, ningun ímpetu de emocion. Todo, hasta una coma, se halla dic-